

Roma al final de la vía

Daniel Serrano
daniel@dramared.com
www.dramared.com

Reparto

EVANGELINA

EMILIA

ESPACIO ESCÉNICO: EL MONTE, A LAS AFUERAS DE UN PUEBLO. LAS VÍAS DEL TREN FRENTE A LAS MIRADAS DE LOS PERSONAJES...ALLÁ, ENTRE EL PÚBLICO.

Escena 1

Emilia y Evangelina tienen siete años, aunque Emilia es un poco mayor que Evangelina.

Están agazapadas en un mezquite. Esperan el tren.

EVANGELINA.- ¿Crees que regresemos para la cena?

EMILIA.- Yo creo que sí.

EVANGELINA.- ¡Qué bueno!, porque hoy tocan quesadillas.
(Pausa) Aunque mi mamá nos da de todos modos frijoles.

EMILIA.- Dicen que allá hay muchas "pitzas".

EVANGELINA.- Se dice "pizza".

EMILIA.- ¿Y tú cómo sabes?

EVANGELINA.- Pues porque pregunté. No voy a llegar a Roma a pedir "pizza". ¿Qué tal si no me entienden?

EMILIA.- ¿Y traes dinero?

EVANGELINA.- Sí.

EMILIA.- ¿Quién te lo dio?

EVANGELINA.- Yo me lo gané vendiendo envases de caguama.

EMILIA.- Se va a enojar.

EVANGELINA.- ¿Quién?

EMILIA.- Tu tata.

EVANGELINA.- No. (*Lo piensa un momento*) Me quiere mucho.

EMILIA.- ¿Cuánto traes?

EVANGELINA.- Cuatro pesos.

EMILIA.- Pues no te va a alcanzar. La rebanada de "pizza" vale 10 pesos.

EVANGELINA.- Pero eso es en la escuela, porque la "pizza" es comida internacional. Pero en Roma no. Además vamos a volver a la hora de la cena.

EMILIA.- Pero ¿a poco no se te va a antojar?

EVANGELINA.- Depende.

EMILIA.- ¿De qué?

EVANGELINA.- De a cuánto salga la rebanada de "pizza".

EMILIA.- Qué chistosa.

EVANGELINA.- Es en serio. Pero además ya voy a saber cuánto vale, y cuando regresemos, pues junto para cuando volvamos a ir.

EMILIA.- Eso sí.

Pausa

EVANGELINA.- ¿A qué hora te dijo que pasaba el tren?

EMILIA.- En la noche, antes de dormirme.

EVANGELINA.- Por eso, pero ¿a qué horas pasa?

EMILIA.- Como a las cuatro.

EVANGELINA.- Pues ya casi.

EMILIA.- O a las cinco.

EVANGELINA.- ¿No te dijo bien la hora?

EMILIA.- Pues es que me empezó a contar toda la historia otra vez. Que fue en el tren donde conoció a la abuela, que él trabajaba en la estación cuando ella se bajó del tren. Que llevaba un sombrero rosa pálido...

EVANGELINA.- ¿Que no era rojo?

EMILIA.- Pues es que unas veces me dice que rosa y otras que rojo.

EVANGELINA.- Es que ya está viejito.

EMILIA.- Sí. Ya. ¡Tiene 49 años!

EVANGELINA.- Con razón se le va la memoria.

EMILIA.- Por eso no sé si dijo a las cuatro o a las cinco.

EVANGELINA.- Entonces sí dijo una hora.

EMILIA.- Pues sí... pero me quedé dormida.

EVANGELINA.- Oye, ¿y por qué no vamos a la estación?

EMILIA.- Porque no tenemos dinero. Imagínate, si a Hermosillo vale 193 pesos, a Roma, que está un poquito más allá, pues no nos va a alcanzar.

EVANGELINA.- Yo decía nomás a preguntar la hora.

EMILIA.- Pero sospecharían.

EVANGELINA.- Eso sí.

EMILIA.- Mejor esperamos tantito.

EVANGELINA.- Ándale.

EMILIA.- Podemos repasar la tabla del tres, para no aburrirnos.

EVANGELINA.- ¡Qué aburrido! Mejor cuéntame otra vez el cuento de Roma.

EMILIA.- Pero mañana tenemos examen. Vamos a llegar muy tarde de Roma, y ya no vamos a poder estudiar.

EVANGELINA.- Dice mi hermano que la tabla del tres está muy fácil. Que porque está hecha de todas las otras tablas.

EMILIA.- ¿Cómo?

EVANGELINA.- Sí. Mira, agarras de todas las otras tablas, la que esté multiplicada por tres, y las juntas, y ya tienes la tabla del tres. (Pausa) No me entiendes, ¿verdad?

EMILIA.- No.

EVANGELINA.- Es muy fácil. Agarras de la tabla del uno, la que esté multiplicada por tres. O sea, tres por uno...

EMILIA.- Tres.

EVANGELINA.- Luego agarras de la tabla del dos, la que está multiplicada por tres. O sea, dos por tres.

EMILIA.- Seis.

EVANGELINA.- Luego la del tres.

EMILIA.- Tres por tres, nueve.

EVANGELINA.- ¿Tres por tres es nueve?

EMILIA.- Sí.

EVANGELINA.- Tres por una tres, tres por dos seis, tres por tres nueve, tres por cuatro...

EMILIA.- Doce.

EVANGELINA.- Doce. Tres por cinco...

EMILIA.- Quince.

EVANGELINA.- Quince. Tres por seis...

EMILIA.- Diecinueve.

EVANGELINA.- Diecinueve. Tres por siete...

EMILIA.- Tres por siete, tres por siete... Mejor te cuento el cuento de Roma.

EVANGELINA.- Al cabo que nada más van a preguntar por la tabla del tres.

EMILIA.- Y ya nos sabemos hasta el tres por seis.

EVANGELINA.- Ándale, mejor cuéntame.

EMILIA.- Pues resulta que había un león que lo iban a llevar a una fiesta. Y estaba todo emocionado porque iba a estrenar. Además su mamá había comprado un regalo muy suave para el festejado...

EVANGELINA.- ¿Quién era?

EMILIA.- No me dijo. (*Lo piensa*) Creo que era una churea.

EVANGELINA.- Mentira.

EMILIA.- ¿Cómo sabes?

EVANGELINA.- Pues porque el león se come a la churea. Y mi mamá me dice que el festejado es el rey de la fiesta.

EMILIA.- ¿Eso dice?

EVANGELINA.- Sí, que por eso le tienes que llevar un regalo.

EMILIA.- Ah. (*Breve pausa*) Es que yo nunca he ido a una fiesta.

EVANGELINA.- ¿Por qué?

EMILIA.- Pues no sé. (*Lo piensa*) Supongo que porque no ha habido.

EVANGELINA.- Con razón.

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Yo tampoco he ido.

EMILIA.- Pero el león sí iba a ir.

EVANGELINA.- ¿Y qué era el regalo?

EMILIA.- ¡Ay Evangelina! ¿Cómo voy a saber, si estaba envuelto?

EVANGELINA.- Cuando lo compraron.

EMILIA.- Pues yo no iba.

EVANGELINA.- Eso sí.

EMILIA.- Además era un engaño.

EVANGELINA.- ¿El regalo?

EMILIA.- No. La fiesta.

EVANGELINA.- ¿Cómo?

EMILIA.- Pues si no me dejas contarte, no te puedo decir. ¡Hablas mucho!

EVANGELINA.- Pues es que no te creo.

EMILIA.- ¡Ya cállate! (*Breve pausa*) Además es un cuento.

Silencio.

EVANGELINA.- ¿Me vas a contar?

EMILIA.- ¿Te vas a callar?

Evangelina no responde.

EMILIA.- ¿Estás sorda?

EVANGELINA.- Sí... No.

Silencio.

EMILIA.- Entonces el león hasta se metió a bañar. Ya no olía a león. Dice que por eso es bueno bañarnos, para no oler a león.

EVANGELINA.- Nunca he olido a un león... Es más, nunca he visto uno...

EMILIA.- (*Habla un poco más rápido*) Y se fueron a la fiesta corriendo y cuando llegaron era una fiesta muy grande como si fuera un estadio de béisbol como el de Hermosillo...

Emilia se detiene. Evangelina la ve, está muy interesada en la plática.

EMILIA.- (*Habla un poco más lento*) El león y su mamá entraron por la puerta de enfrente, que era como un pasillo muy largo... (*Habla a velocidad normal*) Entonces entraron por ese pasillo largo, y cuando iban a la mitad, salió un hombre. A los leones les dan miedo los hombres. Yo tampoco lo creía, porque los hombres son los que le deben de tener miedo a los leones, pero es que ese hombre traía un armadillo, con casco y escudo y toda la cosa, y ese hombre, porque los hombres en Roma no le tienen miedo a los leones, sacó una espada... Así cómo le iba a tener miedo, pues. Y cuando el león y su mamá se quisieron salir, el hombre ya había cerrado la puerta y corrieron a la fiesta. Cuando entraron no había ningún león, ni ninguna churea. Todo el estadio estaba lleno de hombres. Eso sí, muy contentos estaban. Enarqueados... o enardecidos.

Pausa. Emilia ve fijamente a Evangelina. Ésta no dice nada

EMILIA- Yo tampoco sé que significa, pero así dijo. Se me hace que es algo así como muy contentos, porque gritaban mucho, y aplaudían. La mamá del león corría por todos lados, y el león se quedó muerto de miedo, paralizado, así

como cuando salen las poquianchis atrás de la casa de Chayo Reyes. Y entonces llegó el mismo hombre que había cerrado la puerta, con una espadota grandota. Y como a la mamá del león le cayó muy gordo, corrió rugiendo para atacarlo, pero el hombre la atravesó con la espadota...

Silencio. Evangelina tiene los ojos muy abiertos.

EMILIA.- Y se murió.

Silencio.

EMILIA.- El león se soltó llorando. Y los invitados a la fiesta se rieron de él. Lo bueno es que ya era hora de quebrar la piñata. Así que el león se formó, y como estaba muy chiquito, fue el primero que le pegó a la piñata.

Silencio.

EMILIA.- Bueno, lo de la piñata lo acabo de inventar.

Silencio.

EMILIA.- ¿No vas a decir nada?

Se escucha el ruido de un tren que se acerca.

EVANGELINA.- ¡Ahí viene el tren!

EMILIA.- ¡Córrele!

Evangelina y Emilia corren hacia donde va a pasar el tren. Se sugiere que corran en su mismo lugar.

EMILIA.- ¡Rápido!

EVANGELINA.- ¡Agarra la escalera!

EMILIA.- ¡No se te vaya a caer el dinero!

EVANGELINA.- ¡Cuidado con el hoyo!

EMILIA.- ¡Pareces churea!

EVANGELINA.- ¡Emilia!

EMILIA.- ¡Va muy rápido!

EVANGELINA.- ¡Emilia!

EMILIA.- ¡Corre más fuerte!

EVANGELINA.- ¡Emilia!

EMILIA.- ¡No puedo respirar!

EVANGELINA.- ¡Emilia!

EMILIA.- ¡¿Qué?!

EVANGELINA.- ¡Tres por seis son dieciocho!

Ambas se detienen en seco.

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- ¡Que tú dijiste que eran diecinueve!

Emilia y Evangelina están frente a frente. El tren pita y se aleja. Ambas ven cómo el tren se va.

ESCENA 2

Emilia y Evangelina tienen trece años. Están agazapadas en el mismo mezquite de la primera escena. Esperan el tren.

EMILIA.- Ya me bajó.

EVANGELINA.- ¿Qué?

EMILIA.- ¿No te ha explicado tu mamá?

EVANGELINA.- Sí... Ya me dijo.

EMILIA.- Pues a mí ya.

EVANGELINA.- (*Entusiasmada*) ¿De veras? ¿Cuándo?

EMILIA.- Ayer.

EVANGELINA.- ¡Qué suave!

EMILIA.- Ni tanto.

EVANGELINA.- ¿Te dolió?

EMILIA.- Sí. Además me embarré todita.

EVANGELINA.- ¿Y dónde estabas?

EMILIA.- En la casa...

EVANGELINA.- Pues qué bueno que estabas allí...

EMILIA.- Estaba el Monchi.

EVANGELINA.- ¿Qué?

EMILIA.- Sí.

EVANGELINA.- ¿Qué estaba haciendo allí?

EMILIA.- Pues quería hablar con mi papá.

EVANGELINA.- ¿Para qué?

EMILIA.- Para pedirle permiso.

EVANGELINA.- ¿A poco?

EMILIA.- Es que el Carlos le dijo que le iba a dar unos jodazos si lo veía conmigo.

EVANGELINA.- ¿Y desde cuándo el Carlos tan apuntado para cuidarte?

EMILIA.- Pues es lo que yo le dije a mi mamá. Y ella me dijo que era normal.

EVANGELINA.- ¿Lo del Carlos?

EMILIA.- Pues sí. Y le dije que me ayudara. Que yo no iba a hacer nada malo. Y fue cuando mi mamá me dijo que le dijera al Monchi que viniera a hablar con mi papá, y así el Carlos ya no le podía pegar. (*Breve pausa*) Tenía miedo.

EVANGELINA.- ¿El Monchi?

EMILIA.- Y yo también.

EVANGELINA.- Ni que estuviera manco.

EMILIA.- Es que él no es de jodazos.

EVANGELINA.- ¿No será joto?

EMILIA.- ¡No! Si fuera joto a lo mejor quisiera con el Carlos.

EVANGELINA.- ¿El Carlos es joto?

EMILIA.- ¡No!

EVANGELINA.- ¡Qué bueno!

EMILIA.- ¿Te gusta?

EVANGELINA.- ¡No!

EMILIA.- Me preguntó.

EVANGELINA.- ¿Y qué le dijiste?

EMILIA.- Sabe.

EVANGELINA.- ¿No sabes?

EMILIA.- Que no sabía, le dije, pero que te iba a preguntar.

EVANGELINA.- Pues ya me preguntaste.

EMILIA.- ¿No te gusta?

EVANGELINA.- Pues me cae bien, nomás.

EMILIA.- Pero te estaba platicando de mí.

EVANGELINA.- Tú me dijiste. Además está muy raro eso de ir a pedirle permiso a tu papá. El Genaro no ha ido a la casa.

EMILIA.- Porque tu papá no sabe.

EVANGELINA.- Es que no estoy segura.

EMILIA.- Pero si te gusta el Carlos, tienes que ir a la casa a pedirle permiso a mi papá.

EVANGELINA.- (*Riéndose*) Estás loca.

EMILIA.- (*Insiste*) Te estaba platicando de mí.

EVANGELINA.- ¡Pobre Emilia!

EMILIA.- Y fue enfrente de mi papá. (*Lo imita*) ¿Qué se le ofrece, jovencito? (*Deja la imitación*) Pues nomás, venir de visita, dijo el muy baboso. Y mi papa: (*Lo imita*) ¿Como para qué? (*Deja la imitación*) Y dice el Monchi: Pues nomás. En eso me dio el dolor aquí en la mera panza, y que siento como si me hubiera orinado, pero más espeso. Quería correr, pero las piernas se me acalambraron. ¡Esther!, grito mi papá, ¡llévate a la niña! Ahí voy, grito mi mamá. Tengo los frijoles en la lumbre. El baboso del Monchi abrió los ojos y se me quedó viendo. Me empezó a escurrir por la pierna. ¡Esther!, grito más fuerte mi papá. Yo me solté llorando porque nunca había oído gritar así a mi papá. (*Lo imita*) Jovencito, vuelva otro día. El Monchi como que no lo oyó

porque se quedó parado. ¡Esther! ¡Jovencito! El Monchi se fue corriendo. Mi papá también. Y luego vino mi mamá y me abrazó y yo me solté ahora sí berreando.

EVANGELINA.- ¿Y te dolió?

EMILIA.- Por eso me quiero ir a Roma.

EVANGELINA.- Pero el tren llega hasta Hermosillo.

EMILIA.- Pero allí hay aeropuerto.

EVANGELINA.- Eso sí.

EMILIA.- Lo fui a buscar en la mañana, para decirle; pero no lo encontré.

EVANGELINA.- ¿No fue a la escuela?

EMILIA.- El Carlos dijo que le iba a dar unos jodazos y mi papá no dijo nada. Mi mamá como que le iba a explicar al Carlos, pero no supo cómo.

EVANGELINA.- ¡Pues a mí se me hace muy suave que ya te haya bajado!

EMILIA.- ¡Claro, como a ti no te dolió!

EVANGELINA.- Pero me va a doler.

EMILIA.- No quiero ver al Monchi.

EVANGELINA.- Entonces ¿Para qué lo fuiste a buscar?

EMILIA.- Por tonta.

EVANGELINA.- ¿Y qué le vas a decir?

EMILIA.- Que no diga.

EVANGELINA.- ¿Tú crees?

EMILIA.- Hasta por favor se lo voy a pedir.

EVANGELINA.- Pues a mí se me hace que ya dijo.

EMILIA.- ¿Cómo sabes?

EVANGELINA.- Porque así son los hombres.

EMILIA.- ¡Ay sí, muy conoedora tú!

EVANGELINA.- Me dijo mi mamá.

EMILIA.- Entonces el que le va a dar los jodazos soy yo.

EVANGELINA.- De todos modos todos ya saben.

EMILIA.- ¿Tú ya sabías?

EVANGELINA.- ¿No te vas a enojar?

EMILIA.- ¡¿Ya sabías?!

EVANGELINA.- Pues... sí.

EMILIA.- ¿Te dijo el idiota del Monchi?

EVANGELINA.- ¿Cómo crees?

EMILIA.- ¿Entonces quién?

EVANGELINA.- Nadie.

EMILIA.- Ahora me dices.

EVANGELINA.- ¿Para qué?

EMILIA.- ¡Para soltar jodazos a gusto!

EVANGELINA.- Menos te digo.

EMILIA.- ¿Qué no eres mi amiga? (Pausa) ¡Cuando a ti te baje con que le diga a la Paloma, con eso!

EVANGELINA.- ¡Pero te vas a enojar!

EMILIA.- ¡Ya estoy enojada!

EVANGELINA.- Me dijo el Carlos.

EMILIA.- ¡¿Qué?!

EVANGELINA.- Pues el me dijo.

EMILIA.- ¡Mentirosa!

EVANGELINA.- Te dije que te ibas a enojar.

EMILIA.- Es que no te creo.

EVANGELINA.- Me dijo en la mañana. Se acercó a mí y me dijo que si yo ya me había convertido en mujer. Ni modo que sea poquianchi, le dije. Y me dijo que tu ya.

EMILIA.- ¿Así de zopetón?

EVANGELINA.- Me dijo que me invitaba una soda. Y yo le dije que se iba a enojar el Genaro. Que le valía, me dijo. Que el Genaro no era hombre, que estaba muy chiquito para mí. A menos, me dijo, que yo no fuera mujer.

EMILIA.- ¡Es un idiota!

EVANGELINA.- ¿Ya te bajó?

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Eso sí me lo dijo de zopetón. Y yo le dije que era un idiota. Entonces no eres mujer, porque no te ha bajado.

EMILIA.- ¡Ay sí! ¿Y ellos cómo se hacen hombres?, a ver.

EVANGELINA.- Pues no sé. Pregúntale a tu tata.

EMILIA.- Tengo ganas de llorar.

EVANGELINA.- A lo mejor por lo mismo.

EMILIA.- Tengo ganas de partirle el hocico a alguien.

EVANGELINA.- ¿Y si se lo rompemos juntos?

EMILIA.- ¿A quién?

EVANGELINA.- Al Carlos.

EMILIA.- ¿Y por qué al Carlos? Mejor al Monchi, o al Genaro.

EVANGELINA.- ¿Y al Genaro por qué?

EMILIA.- Para que se haga hombre.

EVANGELINA.- ¿Será?

EMILIA.- A lo mejor así se hacen hombres.

EVANGELINA.- ¿Cómo crees? Al contrario. A mí mi mamá me ha dicho que no se le debe de pegar a los hombres.

EMILIA.- No todo lo que diga tu mamá es cierto.

EVANGELINA.- Pues esto se me hace que si es cierto.

EMILIA.- Tengo ganas de llorar.
Evangelina ve con ternura a Emilia. Se acerca a ella. La abraza.

EVANGELINA.- Te prometo que no le voy a decir a nadie.
Se escucha a lo lejos el pitido del tren que se acerca.

EVANGELINA.- ¡Ahí viene el tren!

EMILIA.- ¡Córrele!

EVANGELINA.- ¡Ahora sí vamos a llegar a Roma!
Ambas empiezan a correr en su lugar.

EMILIA.- ¡Y en Roma nadie se va a burlar de mí!

EVANGELINA.- ¡Allá si saben querer a las mujeres!

EMILIA.- ¡Y vamos a ser las mujeres más bonitas de Roma!

EVANGELINA.- ¡Tengo ganas de llorar!

EMILIA.- ¡Córrele!

EVANGELINA.- ¡Me duele la panza!
Evangelina se empieza a retrasar.

EMILIA.- ¡Apúrate!

EVANGELINA.- ¡Me estoy haciendo pipi!

EMILIA.- ¡En el tren hay baños!

EVANGELINA.- ¡Me estoy haciendo pipí ahorita!
Emilia, que ha dejado atrás a Evangelina, se detiene. Evangelina también lo hace. De su entrepierna empieza a correr sangre. Emilia se da cuenta de lo que está pasando. Corre a abrazar a Evangelina.

EMILIA.- No te asustes, no pasa nada.

EVANGELINA.- Me duele...

EMILIA.- Dice mi mamá que así somos las mujeres. Que todas las cosas bonitas que nos pasan, nos duelen.
El tren pasa de largo. Se escucha a lo lejos su pitido.

EVANGELINA.- No quiero ser mujer...

Ambas se abrazan muy fuerte. Emilia alcanza a ver cómo se les fue el tren.

ESCENA 3

Emilia y Evangelina tienen veinte años. Están agazapadas en el mismo mezquite de la segunda escena. Esperan el tren.

EVANGELINA.- Tengo miedo.

EMILIA.- Ahora sí lo vamos a alcanzar.

EVANGELINA.- No es el tren. Es que no te he contado.

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Es el Carlos.

EMILIA.- ¿Qué tiene?

EVANGELINA.- Pues que ya me la cantó.

EMILIA.- ¿Cómo? Si ya tienen ocho meses.

EVANGELINA.- Pues sí. Pero quiere más.

EMILIA.- ¿Quiere más qué?

EVANGELINA.- Que por eso, que porque tenemos ocho meses.

EMILIA.- No me digas que...

EVANGELINA.- (*Interrumpe*) Sí.

EMILIA.- ¿Te dijo?

EVANGELINA.- Ya ves cómo es.

EMILIA.- ¿Y tú qué le dijiste?

EVANGELINA.- Nada. ¿Qué querías que le dijera?

EMILIA.- Pues sí. Nada. (*Breve pausa*) ¿Te quedaste callada?

EVANGELINA.- Me quedé muda.

EMILIA.- ¿Qué te dijo?

EVANGELINA.- Pues lo de siempre.

EMILIA.- ¿Que quería una prueba de amor?

EVANGELINA.- Así dicen ¿no?

EMILIA.- Pues sí. A mí me dijo eso el Monchi.

EVANGELINA.- Pero eso fue hace mucho.

EMILIA.- Poquito antes de que se fuera.

EVANGELINA.- Imagínate que le das la prueba de amor.

EMILIA.- ¡Ah que madre!

Evangelina ve fijamente a Emilia.

EVANGELINA.- No se la diste, ¿verdad?

EMILIA.- ¡Claro que no! Ya te hubiera dicho.

EVANGELINA.- Más te vale.

EMILIA.- Ya ves a la Paloma, lo único que logró fue un plebe.

EVANGELINA.- Pues sí.

Silencio.

EVANGELINA.- ¿El Matías no te ha dicho?

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Pues eso, lo de la prueba de amor.

EMILIA.- Ni que fuera tan cursi.

EVANGELINA.- A veces sí eres.

EMILIA.- Él, pendeja.

EVANGELINA.- ¿Cómo no? Si hasta serenata te llevó.

EMILIA.- Pues porque sabe que yo soy muy cursi.

EVANGELINA.- Eso sí.

Ambas ríen.

EVANGELINA.- Tengo miedo.

EMILIA.- Tienes ganas, qué.

EVANGELINA.- Hablo del tren, pendeja.

EMILIA.- ¿Y de qué tienes miedo?

EVANGELINA.- ¿Qué vamos a hacer en Hermosillo, a ver?

EMILIA.- Pues poner cara de babosas. Imagínate, los edificios, los semáforos, los muchachos que hay allá.

EVANGELINA.- ¿Y el Matías?

EMILIA.- ¿Y el Carlos?

EVANGELINA.- Si vamos a volver, ¿que no?

EMILIA.- ¡Quién sabe!

EVANGELINA.- Yo no me quiero quedar allá.

EMILIA.- ¿Qué tiene?

EVANGELINA.- ¡Quedamos en que nos íbamos a regresar!

EMILIA.- Estoy jugando, pendeja.

EVANGELINA.- Es que luego tú cómo eres.

EMILIA.- ¡Ay, ya!

EVANGELINA.- Imagínate, que van a decir de nosotras.

EMILIA.- Que nos panzonearon.

EVANGELINA.- ¡Estás loca!

EMILIA.- ¡Cómo eres coyona!

EVANGELINA.- A mí me están dando miedo otras cosas.

EMILIA.- ¿Cómo qué?

EVANGELINA.- Pues es que me dijeron algo.

EMILIA.- ¿De qué?

EVANGELINA.- Mejor no te digo.

EMILIA.- No voy a perder el tiempo en seguirte el juego.

EVANGELINA.- ¿Cuál juego? No estoy jugando.

EMILIA.- Eso de rogarte para que me digas lo que te dijeron.

EVANGELINA.- No es juego.

EMILIA.- Te hace sentir menos culpable, ¿verdad?

EVANGELINA.- ¿Qué?

EMILIA.- Que yo te ruegue. Así no te sientes chismosa.

EVANGELINA.- Si no te voy a decir.

EMILIA.- Sí me vas a decir, no te hagas.

EVANGELINA.- ¿Y por qué te tendría que decir?

EMILIA.- Porque si no me dices, te revientas.

EVANGELINA.- Si te digo es porque eres mi amiga.

EMILIA.- Bueno...

EVANGELINA.- A mí me da mi corajito, no creas.

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Que me trates como si fuera una babosa.

EMILIA.- Uta...

EVANGELINA.- Porque además te quiero mucho...

EMILIA.- (*Interrumpe, gritando*) ¡Chingado, dime ya!

EVANGELINA.- Pues que vieron al Matías con una paca de billetes.

EMILIA.- ¿A quién?

EVANGELINA.- ¿Ya ves? No me crees.

EMILIA.- No te entendí, ¿cómo te voy a creer?

EVANGELINA.- Que eran dólares.

EMILIA.- ¿Al Matías?

EVANGELINA.- ¿Ya ves que sí me oíste?

EMILIA.- ¿Quién te dijo? ¿La Paloma?

EVANGELINA.- ¿Cómo crees?

EMILIA.- ¿La crees incapaz?

EVANGELINA.- Si me hubiera dicho la Paloma, pues ni siquiera te hubiera dicho.

EMILIA.- ¿Quién te dijo?

EVANGELINA.- Chayo Reyes.

EMILIA.- ¿Chayo Reyes?

EVANGELINA.- Pues sí.

EMILIA.- ¿Y tú le crees?

EVANGELINA.- Pues no es que le crea. Pero por eso te digo nomás lo que me dijo Chayo Reyes.

EMILIA.- ¿Y dólares?

EVANGELINA.- Eso dijo.

EMILIA.- Apenas se puede creer que le creas a Chayo Reyes. También anda con la onda de que encontró una varita para encontrar agua. Que es como una i griega, que la agarras de los cuernos, y luego caminas con ella con la punta para arriba, y cuando hay agua, la punta apunta para abajo. ¡Ve nomás!

EVANGELINA.- ¿Eso dijo?

EMILIA.- Ya se le va la onda al pobre Chayo.

EVANGELINA.- Entonces sí traía un bonchi de dinero el Matías...

EMILIA.- ¿Qué tiene que ver?

EVANGELINA.- Que a mi papá se le perdió una varita como esas, de las que dice el Chayo. Falta y que el Chayo se la haya robado.

EMILIA.- ¡Si serás babosa!

EVANGELINA.- Quiere decir que el Chayo estaba diciendo la verdad.

EMILIA.- ¡Usa la lógica! A ver, ¿el Matías tiene cara de tener dinero?

EVANGELINA.- No tiene, traía, que no es lo mismo.

EMILIA.- ¡Lo que sea!

EVANGELINA.- ¿Y para traer dinero hay que tener cara?

EMILIA.- ¡Pues sí!

EVANGELINA.- ¿Y como de qué?

EMILIA.- Pues... pues... ¡Pues no sé! Pero lo que sí sé, es que no es la cara de baboso que tiene el Matías.

EVANGELINA.- Yo pensé que te gustaba.

EMILIA.- Pues sí me gusta, pero eso no tiene nada que ver.

EVANGELINA.- ¿De qué?

EMILIA.- De que tenga cara de baboso. ¡Ni modo! Así la tiene y qué.

EVANGELINA.- Pero no te enojés.

EMILIA.- ¡Pues es que tú!

EVANGELINA.- ¡A mí sí me preocupa!
A lo lejos se escucha el pitido del tren.

EMILIA.- ¿Y de dónde iba a sacar ese dinero?

EVANGELINA.- Pues no sé... Habría que pensar.

EMILIA.- Ni modo que se lo haya robado.

EVANGELINA.- ¿A quién?

EMILIA.- ¿Ya ves?

Se escucha más fuerte el pitido del tren.

EVANGELINA.- Ahí viene ya.

EMILIA.- ¡Córrele!

EVANGELINA.- ¡Pero ya quita esa jeta!

EMILIA.- Total, ni me importa.

Empiezan a correr rumbo al tren. Corren en su lugar.

EVANGELINA.- ¡Mejor!

EMILIA.- Me voy a quedar en Hermosillo, para que se le quite, al cabrón.

EVANGELINA.- No es para tanto, ¿que no?

EMILIA.- ¡Apúrate!

EVANGELINA.- ¡Bríncale y me agarras!

EMILIA.- ¡No quiero que sea mala influencia para mis hijos!

Evangelina se detiene en seco.

EVANGELINA.- ¿Qué?

EMILIA.- ¡Córrele!

EVANGELINA.- ¿Qué me estás queriendo decir? ¿Qué el Matías es narco?

Emilia se detiene en seco.

EMILIA.- ¡No! Que ya me acosté con él.

El tren sigue su camino. Ellas, una vez más, no lo abordan. Se quedan viendo. El tren se aleja a toda velocidad.

Escena 4

Mismo escenario de la escena anterior, pero ahora Evangelina y Emilia tienen 40 años.

EMILIA.- ¿Cuánto hacía que no veníamos?

EVANGELINA.- ¿Cuánto tiene el Marquitos?

EMILIA.- Diecinueve.

EVANGELINA.- Pues como veinte.

EMILIA.- Matías me tachó de loca.

EVANGELINA.- ¿Por qué?

EMILIA.- Cuando le dije.

EVANGELINA.- ¿Le contaste?

EMILIA.- Nomás le dije que quería que me diera la tarde libre.

EVANGELINA.- ¡Qué madre! Si no eres su empleada.

EMILIA.- Es una forma de decir.

EVANGELINA.- Ya era hora que te dejara tantito. ¿Qué iba a hacer el cabrón? Por eso ellos se mueren primero.

EMILIA.- ¿Qué estás diciendo?

EVANGELINA.- Los hombres son unos cabrones.

EMILIA.- (*Muy seria*) ¡Respeto a los difuntos!

Evangelina se da cuenta de su imprudencia.

EVANGELINA.- Perdón, no quise ofender.

EMILIA.- (*Sonríe*) Estoy bromeando.

EVANGELINA.- ¿De veras?

EMILIA.- No porque haya sido mi hermano voy a dejar de reconocer que era un cabrón.

EVANGELINA.- (*Muy seria*) ¡Respeto a los difuntos!

EMILIA.- Perdón, no quise ofender.

EVANGELINA.- (*Ríe*) Que haya sido mi marido no quiere decir que no fuera un cabrón.

EMILIA.- Mejor hablamos de los vivos.

EVANGELINA.- ¿De Matías?

EMILIA.- Vino la Paloma a verme.

EVANGELINA.- ¿Qué?

EMILIA.- Está muy cambiada.

EVANGELINA.- ¿No te da miedo?

EMILIA.- ¿Por qué?

EVANGELINA.- ¡Emilia, mataron a su marido!

EMILIA.- ¿Y qué tiene que ver?

EVANGELINA.- Pues no sé. No creo que sea bueno que te vean con ella, y no creo que al Matías le haga mucha gracia.

EMILIA.- Si vino a mi casa, ¿quién me iba a ver con ella? Además, ¿qué querías que le dijera? Vete de aquí.

EVANGELINA.- Pues no, pero...

EMILIA.- (*Interrumpe*) Me dijo cosas importantes. Ella sabe quién mató a su marido... Y dice que es el mismo que mató a Carlos.

EVANGELINA.- ¿Ella cómo sabe?

EMILIA.- Esto es cosa seria, Evangelina. Me dijo que quería unir fuerzas para denunciarlos.

EVANGELINA.- ¿Y por qué fue a buscarte a ti?

EMILIA.- Pues es lo mismo que yo le dije. Que tenía que buscar a la viuda, no a la hermana.

EVANGELINA.- ¿Y luego?

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- ¿Qué gano?

EMILIA.- También eso le dije. Que yo no ganaba nada.

EVANGELINA.- ¿Y yo sí?

EMILIA.- ¿Yo qué sé?

EVANGELINA.- A Carlos lo mataron unos asaltantes.

EMILIA.- Eso le dije.

EVANGELINA.- Eso es lo malo de vivir aquí. Que todos los muertos menores de 45 años, resultan narcos. Y pues no es cierto.

EMILIA.- Exacto. Eso también le dije.

EVANGELINA.- ¿No piensas decir otra cosa?

EMILIA.- ¿A Paloma?

EVANGELINA.- Eso le dije, eso le dije, eso le dije, eso le dije...

EMILIA.- ¡Perdón!

EVANGELINA.- Pues es que no me digas esas cosas.

EMILIA.- Las dijo la Paloma.

EVANGELINA.- ¡Esa que vaya y chingue a su madre!

EMILIA.- Eso sí.

EVANGELINA.- Prefiero que digan que se suicidó, y no que lo mataron la gente del "Estirado"

EMILIA.- Ella dice que fueron los "Recinos".

EVANGELINA.- Es la misma cosa, Emilia. ¡Yo no sé cómo dejaste que te dijera tantas cosas!

EMILIA.- Te digo que ha cambiado mucho.

EVANGELINA.- ¡Chisme era el que necesitabas!

EMILIA.- Carlos era mi hermano.

EVANGELINA.- Pues por eso me extraña que le sigas el juego a una piruja como ella.

EMILIA.- Que no le seguí el juego, chingado.

EVANGELINA.- *(Al borde del llanto)* Pues es que me duele que digan eso.

EMILIA.- Ya, pues, ya.

EVANGELINA.- ¿Qué tal que te dijera que el Matías anda de guarura del "Estirado"?

EMILIA.- ¡Ya relájate, si hasta hace rato te estabas riendo de los muertos!

EVANGELINA.- ¡Pero contigo!

EMILIA.- Pero riendo.

EVANGELINA.- ¡No es lo mismo! Una cosa es contigo y otra con la Paloma.

EMILIA.- *(Grita)* ¡Ya! ¡Cambiemos de tema, pues!

EVANGELINA.- *(También grita)* ¡Pues ya! ¡Eso es lo que yo digo, pues!

EMILIA.- *(Gritando)* ¡Total, ya están muertos los dos!

EVANGELINA.- *(Gritando)* ¡Ándale! ¡Y que Dios los tenga en su Santa Gloria!

EMILIA Y EVANGELINA.- *(Gritando simultáneamente)* ¡Yaaaaaa!

Silencio. Ambas se quedan viendo hacia el frente. Después de un momento, se ven, y se abrazan. Sin decirse nada, se separan.

Breve pausa.

EVANGELINA.- ¿Y si ahora sí alcanzáramos el tren?

EMILIA.- Imagínate. Ahora que no podemos largarnos mucho a la chingada de aquí.

EVANGELINA.- Pues sí.

Silencio.

EVANGELINA.- ¿Y por qué no podemos?

EMILIA.- Pues no sé, pero no podemos.

EVANGELINA.- Eso sí.

Breve pausa.

EMILIA.- ¿Sabes qué le dije a Matías anoche?

EVANGELINA.- ¿Cómo está?

EMILIA.- Bien. Se está haciendo viejo.

EVANGELINA.- Pobre...

EMILIA.- Le dije que ya me estaba aburriendo. Y me contesto... ¿Sabes qué me contesto? Es que esa novela está muy enfadosa. Eso me dijo. No, Matías, le dije. Ya me estoy aburriendo de ti. Se me quedó viendo, porque no entendía nada. Y luego me dijo: No sabía que yo era tu entretenimiento...

EVANGELINA.- ¡Mira que sentido!

EMILIA.- Lo peor es que no me lo dijo con tono de sentido, ni de ofendido... Me lo dijo como si acabara de descubrir el agua tibia. Si quieres jugamos a la baraja, para que te entretengas. No me entiendes, Matías. Ya me estoy aburriendo de lo que dices, de cómo hablas. De que te guste la misma comida, de que digas los mismos chistes, de que te enojas por las mismas cosas... ¿Y sabes que me contestó? Que así era la cosa.

EVANGELINA.- ¿Cómo?

EMILIA.- Pues sí. Que así era el asunto este del matrimonio. Y tiene razón, es lo peor. (*Breve pausa*)Pobre Matías. Se quedó pensando un ratito, y luego me propuso que cambiáramos el lado de la cama en la que dormíamos. (*Breve pausa*)¡Lo quiero tanto al cabrón!... Pero ya me aburrí. Le di un beso en la cabezota, y sí... esa noche nos acostamos volteados, yo de su lado, y el de mi lado. Y pues esta mañana amanecí toda torcida, como que no me acomodé de su lado. ¿Cómo amaneciste?, me preguntó. Aburrida, le contesté inmediatamente...

EVANGELINA.- ¡Ay, Emilia!

EMILIA.- Yo amanecí torcido. Me ganó. No era por ahí la cosa. Si yo ya lo sabía desde la noche anterior, pero nomás quise que cambiáramos para que viera que hay voluntad de mi parte.

EVANGELINA.- ¡Válgame Dios!

EMILIA.- ¿Y qué hacemos entonces? Me dijo. ¿Nos divorciamos?

EVANGELINA.- ¿Le dijiste eso?

EMILIA.- ¡No! Él me preguntó.

EVANGELINA.- ¿A poco?

EMILIA.- Fíjate, el sencillo, cabrón. Eso me dijo.

EVANGELINA.- ¿Y tú que le contestaste?

EMILIA.- Pues que ya se estaba poniendo emocionante esto, y que a lo mejor así se me quitaba lo aburrida, y podíamos salvar nuestro matrimonio.

EVANGELINA.- ¿Qué?

EMILIA.- ¿Cómo ves?

EVANGELINA.- Ahora sí que no sé si se me acentúo lo pendeja, o a ti ya de plano se te botó la cadena.

EMILIA.- ¿Por qué?

EVANGELINA.- ¡Pues porque ahora resulta que le estás pidiendo el divorcio a tu marido para salvar tu matrimonio!

EMILIA.- ¡Ándale! ¡Entendiste muy bien!

EVANGELINA.- ¡No se puede, Emilia!

EMILIA.- ¡Ya sé que no se puede! ¡Ni que estuviera pendeja!

EVANGELINA.- ¿Entonces?

EMILIA.- Pues le dije que no fuera simple, que esas cosas del divorcio eran de la gente de la ciudad, de la gente de Hermosillo.

EVANGELINA.- No creas...

EMILIA.- ¿A no? ¿Y qué vamos a ganar con eso?

EVANGELINA.- Nada, pero se trata de encontrar una solución al problema, ¿no?

EMILIA.- La cosa es que ni siquiera sé si hay problema.

EVANGELINA.- ¿Y luego?

EMILIA.- Pues no sé... A lo mejor lo que me queda es alcanzar el tren.

EVANGELINA.- ¡Pobre Matías!

EMILIA.- ¿Y yo qué? Si quieres te lo regalo.

EVANGELINA.- Simple...

EMILIA.- Pues como te da tanta lástima.

EVANGELINA.- Es una expresión, nomás.

EMILIA.- Así me dijo. Es una expresión nomás, cuando me burlé de él cuando me dijo lo del divorcio.

Emilia suspira.

EMILIA.- ¡Cómo extraño Roma!

EVANGELINA.- ¡Pero si nunca fuiste!

EMILIA.- Extraño las esperanzas de llegar allá. De creer que al final de las jodidas vías del tren, allí está.

EVANGELINA.- Extrañas las ganas que tienes.

EMILIA.- Esas todavía las tengo.

EVANGELINA.- ¿Y qué pasa si te vas?

EMILIA.- No puedo, Eva.

EVANGELINA.- ¿Por qué no? El Marquitos ya está grande, y pues Matías... A lo mejor a él también le hace bien que te vayas por un tiempo.

EMILIA.- (*Sonríe, irónicamente*) ¿Con qué ojos, divina tuerta?

EVANGELINA.- ¿El problema es el dinero?

EMILIA.- Sí. Y a estas alturas, no es cualquier problema.

EVANGELINA.- El Matías tiene su buen guardadito, que no se haga. ¡Todavía puedes irte! Y ahora sin remordimientos.

EMILIA.- Pues si antes tampoco los tenía.

EVANGELINA.- Es un decir, pues.

EMILIA.- Vente conmigo.

EVANGELINA.- Allí sí que yo no puedo.

EMILIA.- ¿Por qué? Tú ni siquiera remordimientos puedes tener.

EVANGELINA.- Yo ya me jodí, Emilia. Porque los muertos, eso sí, no se dejan.

A lo lejos se escucha el ruido del tren.

EVANGELINA.- Vete, yo le explico al Matías.

EMILIA.- ¿Y qué le vas a decir?

EVANGELINA.- ¿Qué te importa? (*La intenta levantar*) Tú lárgate.

Emilia se levanta. Empieza a correr.

EMILIA.- ¡Dile que me secuestraron!

Evangelina corre con ella.

EVANGELINA.- Mejor que te robó la gente del "Estirado".

EMILIA.- Pero a Marquitos dile que voy a regresar pronto.

EVANGELINA.- No te preocupes por él.

EMILIA.- Que no se desvele mucho, el cabrón muchacho.

EVANGELINA.- ¡Yo le voy a dar sus coscorrónes!

EMILIA.- Dile al Matías que el "Estirado" me robó porque estaba enamorado de mí.

Evangelina deja de correr.

EVANGELINA.- ¡Enculado le voy a decir que andaba el "Estirado"!

Emilia sigue corriendo.

EMILIA.- ¡Te quiero mucho!

EVANGELINA.- ¡Yo también! (*Grita más fuerte*) ¡Y si no quieres no regreses!

Emilia logra abordar el tren. Se va.

Evangelina se queda viendo, sorprendida, contenta, con los ojos llenos de llanto.

Escena 5

El mismo lugar. Evangelina y Emilia tienen 60 años. Están sentadas en un banquito de madera.

EMILIA.- ¡Qué necedad la tuya, Evangelina!

EVANGELINA.- Tienes que superarlo.

EMILIA.- A estas alturas.

EVANGELINA.- Dicen que volviendo al lugar de la tragedia se curan las heridas.

EMILIA.- Yo no tengo heridas.

EVANGELINA.- Demonios le dicen los poetas.

EMILIA.- ¿Tú qué sabes de poetas?

EVANGELINA.- ¡Pues más que tú!

EMILIA.- ¡Yo no tengo demonios de esos!

EVANGELINA.- Pues no parece.

EMILIA.- ¿Qué es exactamente lo que me estás queriendo decir?

EVANGELINA.- ¡Lo que parece que te estoy queriendo decir es exactamente lo que te quiero decir! Que ya pasaron veinte años, y tú sigues con la misma cosa.

EMILIA.- Me da miedo...

EVANGELINA.- ¿Qué?

EMILIA.- El tren.

EVANGELINA.- Era lo que más queríamos.

EMILIA.- Eso es lo malo de lo que más queremos...

EVANGELINA.- (*Completando la frase*)... que a veces le tenemos miedo.

EMILIA.- ¡Pues sí!

EVANGELINA.- ¡Pues esos son los demonios que te digo que tienes!

Emilia voltea a ver sorprendida a Evangelina, como si acabara de entender la situación. Hace una breve pausa.

EMILIA.- Mmm.

Silencio.

EMILIA.- Lo vi muerto.

EVANGELINA.- ¿A quién?

EMILIA.- ¿A quién va a ser? Al Matías.

EVANGELINA.- Todos lo vimos muerto.

EMILIA.- Yo lo vi antes. Cuando se descarriló el tren. *Evangelina la voltea a ver. Se da cuenta de que le va a contar algo que no le había contado.*

EMILIA.- Estaba pensando en lo que le iba a decir al de los boletos. Y se me ocurrieron muchas tonterías. ¿Sabes por qué? Porque estaba muy contenta. Porque me estaba yendo. Cuando la gente está contenta, dice muchas pendejadas. Yo no las decía todavía, pero sí las estaba pensando. ¡Fíjate! Le quería decir que me había equivocado. Le iba a decir: ¿Que no va este tren para Roma? Y pues él me iba a contestar que no, y allí yo le iba a decir que era un error, que me dejara bajarme en Hermosillo para tomar el tren correcto.

Breve pausa.

EMILIA.- Y luego pensé que si estaba más guapo que el Matías, pues le iba a declarar todo mi amor. ¡Te digo que puras pendejadas! Como si el amor fuera una cosa de guapuras... Luego pensé en decirle que estaba huyendo de mi esposo, que porque me golpeaba mucho. Y allí me dio un ataque de risa, tan grande, que se me confundió todo con el ruido del tren, con los frenos que chillaban como cochito en Navidad, con el terror de la gente que empezó a correr por todos lados, y yo no sabía que hacer, porque no me paraba de reír, y fue en ese ratito, cuando el vagón se llenó de humo, que vi al Matías bien muerto... Había mucha gente en la casa, mucha más de la que fue a su funeral. Hasta mucha gente que el Matías no conoció, pero que yo sí. Y vi su vida completita, en lugar de ver la mía. Dicen que uno ve la vida de uno cuando se va a morir. Yo vi la del Matías...Pues lógico, ¿no? Si el que se estaba muriendo era él.

EVANGELINA.- A mí me avisó Chayo Reyes.

EMILIA.- (*Con una risita irónica*) Ese Chayo Reyes parecía ave de mal agüero.

EVANGELINA.- Pobrecito, tan cabrón, él.

EMILIA.- Pues sí.

EVANGELINA.- Pero mira, qué feo la pagó.

EMILIA.- ¿Y a mí que chingados me importa?

EVANGELINA.- Pues sí... A mí tampoco.

EMILIA.- Estábamos hablando del Matías.

EVANGELINA.- Sí.

EMILIA.- Y tú me sales con el Chayo.

EVANGELINA.- Discúlpame.

EMILIA.- Por eso no me gusta hablar del Matías.

EVANGELINA.- Ya, no te enojas.

EMILIA.- Yo si lo quería, Eva...

EVANGELINA.- Nadie dice que no.

EMILIA.- Es que luego, si hablo de él, se me figura que se convierte en chisme.

EVANGELINA.- Eso sí.

EMILIA.- ¿No andaban diciendo que se quedó en el acto?

EVANGELINA.- No les hagas caso.

EMILIA.- Si no les hice, pero duele de todas maneras. ¿Cómo se iba a quedar en el acto, si yo andaba en el tren? *(Silencio)* Eso fue lo primero que pensé cuando me dijeron eso. Y luego pensé que a lo mejor estaba con otra. *(Silencio)* Y luego pensé que estaba contigo. *(Silencio)* Pero luego dije: Éste ya se murió, y si se murió en la cama con una mujer que no era yo, por lo menos la mujer se asustó y toda la vida va a vivir con la conciencia cargada de que mató a un cristiano.

Silencio.

EVANGELINA.- Pero Matías se murió de un infarto.

EMILIA.- Eso es lo que dijo el doctor, pero las viejas chismosas dicen que se murió por problemas del corazón.

EVANGELINA.- Es lo mismo.

EMILIA.- ¡Ay mi Evangelina! Tú siempre tan inocente. No es lo mismo. Así como no es lo mismo ser cornuda que ser inocente... o pendeja.

EVANGELINA.- Siento que me estás acusando.

EMILIA.- Nomás eso me faltaba. De ninguna manera. Después de 20 años no voy a venir a acusarte de algo que ni sé si sucedió. Pero en aquel entonces no me atreví a decírtelo. Ya cumplí 60 años. Tú estás por cumplirlos. Y si no te reclamé en todos estos años, si fuiste a mi casa cuantas veces te dio la gana, si hasta fui madrina de tus segundas nupcias, ¿por qué ahora te iba a reclamar?

EVANGELINA.- Eso sí.

EMILIA.- Vinimos a recordar. Eso es todo. Y pues me acordé de eso.

EVANGELINA.- Lo malo es que te conozco.

EMILIA.- ¿Y dónde tiene eso lo malo?

EVANGELINA.- Que si te digo que no fui yo, pues no me vas a creer.

EMILIA.- Y fíjate cómo son las cosas. Si me dices, no te creo, y si no me dices, yo pienso: Por algo no me dice que no. Entonces quiere decir que sí.

EVANGELINA.- Por eso no digo nada. Lo que sí te digo, es que yo estaba aquí mismo.

EMILIA.- El tren se descarriló media hora después de que me subí.

EVANGELINA.- Ahí está.

EMILIA.- Eran las cinco y cuarto de la tarde.

EVANGELINA.- Por eso.

EMILIA.- Esa es la hora en que dijo el doctor que se murió Matías.

EVANGELINA.- ¿Ya ves?

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Te voy a decir que no fui yo, pero no estés pensando que sí fui yo. ¿Y sabes porque te voy a decir que no fui yo? Porque yo me quedé aquí un ratote.

EMILIA.- ¿Y eso qué tiene que ver?

EVANGELINA.- Que desde que te subiste, hasta que se murió Matías, pasó nada más media hora. Y si yo me estuve un ratote, ponle tú que veinticinco minutos, pues nada más quedan cinco minutos.

EMILIA.- Tiempo suficiente para bajarse los calzones.

EVANGELINA.- ¡Contigo no se puede!

EMILIA.- Ya no me importa. Total, fue hace veinte años.

EVANGELINA.- Pues yo no fui.

EMILIA.- Podemos cambiar de tema.

EVANGELINA.- Cambiemos de tema, pues.

Pausa Breve.

EMILIA.- ¿Sabes por qué empecé a sospechar? (*Evangelina no contesta*) Porque luego luego, pasando el novenario, me dijiste que ya se te había quitado la angustia esa que te daba en el pecho.

EVANGELINA.- ¿Y eso qué tiene que ver?

EMILIA.- Y a los dos meses, me trajiste a presentar al Raymundo.

EVANGELINA.- Emilia, tenía cuarenta años. A esa edad, uno todavía tiene ímpetus.

EMILIA.- Fíjate qué curioso. A mí se me apagaron a esa edad.

Pausa incómoda.

EMILIA.- ¿Sabes qué pensé? Ni duda que un clavo saca a otro clavo. Y luego dije: Pinchi Matías, si fue tu clavo el que se lo empujó a esta, ojalá y tu clavo se te esté achicharrando en el infierno...

EVANGELINA.- ¡Emilia!

EMILIA.- ¡Pues eso dije! Y entonces sí, me dieron ganas de irme corriendo a Roma.

Silencio.

EMILIA.- Vámonos acercando, porque cuando venga el tren, yo ya no puedo correr.

Ambas se levantan, y empiezan a caminar rumbo a las vías. Van a pasito.

EMILIA.- El otro día soñé que me subía al tren por una puerta, y que por la otra se bajaba Marcos.

EVANGELINA.- Eso no se puede.

EMILIA.- ¿Por qué?

EVANGELINA.- Porque el tren viene del centro, no del otro lado.

EMILIA.- Ya sé. Por eso me animé a irme. (*Pausa*)¿Tú que le dijiste a Raymundo?

EVANGELINA.- Que te iba a acompañar a Hermosillo.

EMILIA.- ¿Allí te vas a regresar?

EVANGELINA.- ¿Qué querías que le dijera? ¿Que ahorita venía porque iba a Roma?

EMILIA.- ¿Todavía lo quieres?

EVANGELINA.- Sí.

EMILIA.- ¿Y entonces por qué te quieres ir?

EVANGELINA.- Yo sí voy a volver.

EMILIA.- Claro.

EVANGELINA.- Que lo quiera no quiere decir que no tenga ganas de ir a Roma.

EMILIA.- Nomás no me vayas a decir lo que me dijo Marcos cuando se fue. No te preocupes, amá, luego luego voy a mandar por ti.

EVANGELINA.- Yo voy a regresar.

EMILIA.- Eso también me dijo Marquitos.

EVANGELINA.- Yo lo quiero mucho.

EMILIA.- Él también me quiere a mí. Por eso yo creo que en cualquier chico rato, regresa, ¿que no?

EVANGELINA.- Hay veces que me mortificas.

EMILIA.- Por mí ni te preocupes.

Se escucha el ruido del tren que se acerca.

EVANGELINA.- Ya viene.

EMILIA.- Si no me puedo trepar, no te preocupes. Tú vete.

EVANGELINA.- Sí vas a poder.

EMILIA.- Me duele la rodilla.

EVANGELINA.- Las ganas te van a dar un empujoncito.

Se escucha el tren cada vez más cerca. Ambas empiezan a apurar el paso.

EMILIA.- No hay ninguna puerta abierta.

EVANGELINA.- ¡Siempre está abierta la del cabús!

EMILIA.- ¡Me duele la otra rodilla!

EVANGELINA.- ¡Ya casi los alcanzamos!

EMILIA.- ¡Vete tú!

EVANGELINA.- ¡Si no te subes tú, yo tampoco!

EMILIA.- Yo te cuido tu casa.

EVANGELINA.- Ahí está Raymundo.

EMILIA.- Te cuido a Raymundo.

EVANGELINA.- ¡Roma nos espera!

Ambas empiezan a correr lo más rápido que su edad se los permite.

EMILIA.- ¡Tengo ganas de acostarme con Raymundo!

Evangelina se para en seco. Emilia pasa por un lado de ella.

EMILIA.- ¡Roma nos espera!

EVANGELINA.- ¡Eres una puta!

Ambos personajes se detienen en seco.

Escena 6

Mismo lugar. Emilia y Evangelina ahora tienen 80 años. Están sentadas en sendas poltronas.

EVANGELINA.- A veces hasta ganas de morirse le dan a uno.

EMILIA.- Y eso que tú siempre tan llena de vida.

EVANGELINA.- A lo mejor así llegamos a Roma, muriéndonos.

Ambas sueltan la carcajada. Ríen a sus anchas. Después de un momento, se calman. Silencio.

EMILIA.- Esa podría ser nuestra última voluntad. Imagínate, la bronca en que meteríamos a los parientes.

EVANGELINA.- ¡Fíjate que cosa! Ni siquiera la vida quiere que lleguemos a Roma.

EMILIA.- Ni la modernidad. (*Pausa*) Si me muero yo primero, ahí te encargo que me quemes y que tires las cenizas en la mera vía.

EVANGELINA.- Dicen que eso no es de cristianos.

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Que lo quemem a uno.

EMILIA.- Pues sí, pero ya ni modo. Uno como cristiano se la pasa toda la vida haciendo cosas que no son de cristiano, y mira, no pasa nada.

EVANGELINA.- A lo mejor por eso no llegamos a Roma.

EMILIA.- (*Después de pensar un poco, le da una risita*) ¡Ahora sí que no te entendí!

EVANGELINA.- Por eso no nos morimos.

EMILIA.- A que la chingada... No nos morimos porque Dios se está entreteniéndolo con nosotras.

EVANGELINA.- Hemos de ser muy simpáticas.

EMILIA.- Pues más que el Carlos, el Matías, el Raymundo, el Chayo Reyes... Yo creo que sí.

EVANGELINA.- (*Con risita*) Esos eran resangrones.

EMILIA.- (*Suspira*) ¿Se irían todos al cielo?

EVANGELINA.- Pues dicen que todos se confesaron antes de irse.

EMILIA.- Eso sí.

EVANGELINA.- Yo tengo mis dudas del Matías. ¿A qué horas se confesó si se murió de repente?

EMILIA.- Eso sí. Y luego además si se murió como dicen, pues...

EVANGELINA.- Pues sí.

Silencio.

EMILIA Y EVANGELINA.- ¿Qué hubiera pasado...?

Se ríen al darse cuenta de que hablaron al mismo tiempo.

EVANGELINA.- ¿Qué me ibas a decir?

EMILIA.- Tú dime.

EVANGELINA.- Tú primero.

EMILIA.- Seguramente lo mismo que tú.

EVANGELINA.- Pues dilo.

EMILIA.- Que si que hubiera pasado...

EVANGELINA.- (*Interrumpe*) ¿...si alguna vez hubiéramos alcanzado el tren?

EMILIA.- Ándale.

EVANGELINA.- No hubiéramos conocido a los que conocimos.

EMILIA.- Es más interesante si supiéramos lo que pasó allá, en Roma.

EVANGELINA.- Depende de la edad que tuviéramos.

EMILIA.- ¿Tú crees?

EVANGELINA.- Claro, si nos estamos yendo desde los 7 años.

EMILIA.- Pero a los 7 años no hubiera sido nada divertido.

EVANGELINA.- Ni a los 13.

EMILIA.- Ni a los 60.

EVANGELINA.- ¿Pero qué tal a los 20?

EMILIA.- ¿La edad de la ilusión?

EVANGELINA.- La edad de la putería.

EMILIA.- ¡Evangelina!

EVANGELINA.- ¿A poco no?

EMILIA.- Pues sí.

EVANGELINA.- Y eso que a esa edad, la putería es normal.

EMILIA.- ¿Cómo?

EVANGELINA.- Pues sí. Imagínate que andes de coscolina a los 7 años.

EMILIA.- (Con risita) Coscolina... que palabra tan elegante...

EVANGELINA.- No es normal, ¿verdad?

EMILIA.- ¿Lo de los 7 años? No.

EVANGELINA.- Tampoco a los 60 años.

EMILIA.- ¿Y a los 50?

EVANGELINA.- Pues todavía. ¿Tú cuándo dejaste?

EMILIA.- (Ríe) ¿De qué? ¿De andar de coscolina?

EVANGELINA.- De tener sexo... ¿Cuándo se murió el Matías?

EMILIA.- ¿Tú dejaste cuando se murió el Raymundo?

EVANGELINA.- ¡Uyyy!, desde mucho antes.

EMILIA.- Pues sí, pero cuántos años tenías.

EVANGELINA.- La verdad es que no fue mucho antes. Fue como un año antes. Hace como cinco años. Yo tenía setenta y cinco.

EMILIA.- (Asombrada) ¡¿Setenta y cinco años?!

EVANGELINA.- ¡Todavía se puede!

EMILIA.- ¿Y por qué dejaron?

EVANGELINA.- Pues por que ya no podía.

EMILIA.- ¿Ya no podía?

EVANGELINA.- Él decía que sí.

EMILIA.- ¿Pero no?

EVANGELINA.- ¿Quieres que te cuente?

EMILIA.- Sí.

EVANGELINA.- Son cosas muy personales...

EMILIA.- ¿A estas alturas?

EVANGELINA.- A estas alturas. No dejan nunca de ser personales.

Emilia ve a Evangelina, con una sonrisa burlona.

EMILIA.- Oséase que tú quisieras ser la abuelita que sale en la caja del chocolate...

EVANGELINA.- (*Riéndose*) Pues sí, ¿por qué no?

EMILIA.- Porque esas no existen. Son viejitas pedorras...

EVANGELINA.- Para ti y para mí, que ya somos viejitas pedorras, pero para los demás...

EMILIA.- Ya cuéntame.

EVANGELINA.- No hay mucho que contarte. De pronto sí le funcionaba, pero cuando ya se quitaba la ropa, pues ya no. Y la verdad es que a mí ya no me daban muchas ganas.

EMILIA.- Viejita piruja. Ya has de haber estado asqueada de tanto sexo.

EVANGELINA.- Y cochino.

Sueltan la carcajada.

EMILIA.- Por eso en las revistas pornográficas no salen mayores de 50.

EVANGELINA.- ¿A poco las has visto?

EMILIA.- Claro. Una vez le encontré unas a Marquitos.

EVANGELINA.- ¿Y?

EMILIA.- Pues muy bonitas las muchachas que salen allí. Muy redonditas y toda la cosa.

EVANGELINA.- ¿De veras?

EMILIA.- ¿Pero sabes una cosa? Cuando yo tenía la edad de ellas estaba como ellas.

EVANGELINA.- ¿A poco?

EMILIA.- Así de buenota.

Ambas ríen.

EVANGELINA.- A lo mejor si nos hubiéramos ido a Roma, nos retratan.

EMILIA.- Y luego dicen que les pagan muy bien.

EVANGELINA.- Pues sí. Imagínate, ¿cuántos les ven allá?

EMILIA.- ¡Uyyy!

EVANGELINA.- Por eso les pagan bien, porque se les chotea.

EMILIA.- ¿Y qué le hace?

EVANGELINA.- ¿Cómo crees?

EMILIA.- ¿A ti cuántos te lo vieron?

EVANGELINA.- ¿Qué?

EMILIA.- ¿A poco no llevas tu cuenta?

EVANGELINA.- ¡No!

EMILIA.- ¿Ni mental?

EVANGELINA.- ¡No!

EMILIA.- No te creo.

EVANGELINA.- Bueno, sí.

EMILIA.- ¿Cuántos? Dime...

EVANGELINA.- No sé.

EMILIA.- ¿Cómo no vas a saber?

EVANGELINA.- Soy muy mala para las cuentas.

EMILIA.- ¡Ándale! ¡O sea que son muchos!

EVANGELINA.- Me estás reborujando.

Emilia suelta la carcajada. Después de un momento, Evangelina se contagia.

EVANGELINA.- ¡Vamos a sacar la cuenta!

EMILIA.- Tú primero.

EVANGELINA.- ¿Tu primero fue el Matías?

EMILIA.- ¿Cómo sabes?

EVANGELINA.- No sé.

EMILIA.- ¿Tienes esa duda?

EVANGELINA.- Entonces sí.

EMILIA.- No.

EVANGELINA.- ¿No fue el primero?

EMILIA.- ¿Tu primero fue mi hermano?

EVANGELINA.- ¿Cómo sabes?

EMILIA.- Me imagino que no.

EVANGELINA.- ¿Por qué dices eso?

EMILIA.- Pues porque te acostaste con el Matías. "Mí" Matías.

EVANGELINA.- No me acosté con él.

EMILIA.- El día que se murió no. ¿Pero qué tal antes?

EVANGELINA.- (*Cambia de tema*) El primero se llamaba Efrén. Tamaño mediano. Muy babosito. El segundo, ese sí fue Carlos...

EMILIA.- (*Interrumpe*) No me des detalles, era mi hermanito.

EVANGELINA.- Está bueno. El tercero fue Martín. Pequeñito, pero muy entrón. El cuarto fue Antulio...

EMILIA.- ¿Quién?

EVANGELINA.- Antulio.

EMILIA.- ¿Antulio Antulio?

EVANGELINA.- Antulio Antulio.

EMILIA.- ¿El de "La vereda tropical"?

EVANGELINA.- ¿Cuántos conoces con un nombre tan ridículo?

EMILIA.- ¡Pero es maricón!

EVANGELINA.- Pues sí, pero ni él ni yo sabíamos.

Emilia suelta la carcajada.

EVANGELINA.- ¿De qué te ríes?

EMILIA.- ¿Qué tal que tú lo volviste maricón?

EVANGELINA.- Noooo. ¡Ahí sí que no! Si iba y se venía a cada rato.

EMILIA.- ¿Cómo?

EVANGELINA.- Se reponía muy rápido. Y luego otra vez. Yo creo que se volvió maricón por baquetón que era.

EMILIA.- ¿Ya se murió?

EVANGELINA.- No sé. No volvió. Dicen que se fue a Europa y que estudió en una universidad muy importante. Y que allá vivía con su "marido".

EMILIA.- ¿Se acordará de ti?

EVANGELINA.- Pues a como nos fue, yo diría que sí. A menos que esas cosas de volverse jotos les afecte la memoria.

Ambas sueltan la carcajada.

EVANGELINA.- ¿Y tú, cuántos tuviste?

EMILIA.- ¿Ya acabaste?

EVANGELINA.- Ya.

EMILIA.- ¿Nomás cuatro? No, chiquitita. Síguele.

EVANGELINA.- Después de Antulio... fue Rafael. Grande... Muuuuy grande. Con él nos subimos al techo de la casa. Y allí vimos las estrellas. Claro, fue en verano. Nos quedamos bichis panza pa arriba. A mí me daba pena. ¿De qué? Me decía. Ni modo que nos estén viendo los marcianos. ¿Pero qué tal los zopilotes?, le dije. No estamos muertos... Tú no, pero tu cosa sí...Era muy simpático. Tenía muy buen humor.

EMILIA.- ¿Y por qué se suicidó?

EVANGELINA.- ¡Yo qué voy a saber!

EMILIA.- Dicen que por amor.

EVANGELINA.- Dicen.

Silencio.

EMILIA.- Te enamoraste...

EVANGELINA.- Poquito...

EMILIA.- ¿Y por qué se dejaron de ver?

EVANGELINA.- No sé. Nomás se fue.

EMILIA.- ¿No te dijo nada?

EVANGELINA.- Que se iba a trabajar a Hermosillo, me dijo. Que lo mandaban. Que él no quería. (Pausa)¿Nunca te dije que me pidió que me fuera con él?

EMILIA.- Sí me dijiste.

EVANGELINA.- ¿Sí te dije?

EMILIA.- Sí.

EVANGELINA.- ¿Y qué me dijiste?

EMILIA.- Que te fueras.

EVANGELINA.- ¿Y qué te dije?

EMILIA.- Algo así que Hermosillo era muy poquito para ti.

EVANGELINA.- ¿Yo dije eso?

EMILIA.- Que tu querías llegar por lo menos a Roma.

EVANGELINA.- ¡Figúrate!

Silencio.

EMILIA.- Pues yo, el primero fue el Matías.

EVANGELINA.- ¡No he acabado! Julio, pequeño; Margarito, mediano; Joel, muy grande...

EMILIA.- ¡Puros nombres, sin tamaño!

EVANGELINA.- Abraham, Agustín, Alberto, Alejandro, Alfonso, Ambrosio, Andrés, Ángel, Antonio, Arcadio, Atanasio, Bartolomé, Benito...

EMILIA.- ¡En orden alfabético!

EVANGELINA.- Bernabé, Braulio, Camilo, Carlos...

EMILIA.- ¿Y el Genaro?

EVANGELINA.- Todavía no llegó a la "G"

EMILIA.- ¡Ni llegaras!

Ambas sueltan de nuevo la risa.

EVANGELINA.- Figúrate que con el Genaro no... Así de bravo como se hacía que era, pues era zacatón de a buenas.

EMILIA.- Con razón terminó como cura.

EVANGELINA.- ¿Y tú?

EMILIA.- Yo la verdad fui de carrera más corta.

EVANGELINA.- ¿A poco?

EMILIA.- Nomás dos.

EVANGELINA.- Ya me lo habías dicho.

EMILIA.- Entonces para qué te cuento.

EVANGELINA.- Porque nunca te he creído. Con ese cuerpo que tenías.

EMILIA.- A la hora de la hora me daba miedo, porque me decían que si tenía sexo sin casarme, me iba a convertir en una poquianchi. Y a la hora de la hora, al verle la cara al muchacho, se me cambiaba por la cara de una de esas méndigas viejas.

EVANGELINA.- ¿Y luego? ¿Qué pasó con el Matías? Ese fue el primero, ¿no?

EMILIA.- Eran muchas las ganas.

EVANGELINA.- ¿Y después?

EMILIA.- Nomás.

EVANGELINA.- ¿Nomás?

EMILIA.- Nomás.

EVANGELINA.- No te creo.

EMILIA.- Fui de un sólo hombre.

EVANGELINA.- Pobre de ti.

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Con razón estás tan fregada.

EMILIA.- ¿Yo?

EVANGELINA.- Ni modo que yo.

EMILIA.- (*Sin pensar. Rápido*) En realidad fueron dos.
Silencio. Luego carcajadas de ambas.

EVANGELINA.- ¿Ya ves?

EMILIA.- Pero una vez.

EVANGELINA.- ¿Quién fue?

EMILIA.- Y fue porque me lloró mucho.

EVANGELINA.- ¡Mira que buena gente eres!

EMILIA.- ¿Qué querías que hiciera?

EVANGELINA.- Que te acostaras con él más veces. ¿Por qué nada más una?

EMILIA.- ¿Cuántas veces te acostaste con cada uno de tu lista?

EVANGELINA.- No estamos hablando de mí.

EMILIA.- Bueno, fueron dos.

EVANGELINA.- ¡Ajúa! ¿Y quién es?

EMILIA.- El Monchi.

EVANGELINA.- Si ya decía yo que era medio jotolón.

EMILIA.- Pues de jotolón no tenía nada.

EVANGELINA.- ¿No dijiste que lloró?

EMILIA.- Pero de puro amor.

EVANGELINA.- ¿Y eso qué?

EMILIA.- Que cuando lloran de amor, son más bien muy hombres.

EVANGELINA.- ¿De dónde sacas esas cosas?

EMILIA.- El Monchi fue el gran amor de mi vida.

EVANGELINA.- ¿De veras?

EMILIA.- Cuando hicimos el amor, fue lo mejor que me pasó en la vida.

EVANGELINA.- ¿Y por qué lo cortaste?

EMILIA.- Porque él quería otras cosas.

EVANGELINA.- ¿Qué cosas?

EMILIA.- Quería quedarse aquí. Me decía que era su tierra, que la quería mucho, que quería hacer algo por su pueblo, que cuando cumpliera cien años de muerto, hubiera un fiestón en su honor...

EVANGELINA.- ¿Y luego?

EMILIA.- (*Extrañada*) ¿Qué?

EVANGELINA.- ¿No te hubiera gustado pasar a la historia?

EMILIA.- ¿Estás loca? ¿Y Roma? (*Se enoja*) ¿No era eso lo que queríamos? ¿Lo que soñamos desde que tenemos conciencia?

EVANGELINA.- Pues sí, pero...

EMILIA.- ¡Nadie me dijo que la felicidad podía estar en este mugroso pueblo! ¿Cómo iba a saber que entre la polvareda estaba mi vida? ¿Tú sabías? (*Pausa. Evangelina no contesta*) ¡Claro que no sabías! ¡Tú hubieras hecho lo mismo! Se trataba de largarse de aquí, de no echar raíces, de no querer a nadie de los alrededores.

Pausa breve.

EMILIA.- Y aquí estamos... las dos viejitas pedorras, hablando nomás, imaginándonos lo que podríamos haber hecho de la vida; inventando nombres de hombres con los que nos acostamos.

Pausa.

EVANGELINA.- ¿Cómo supiste?

EMILIA.- ¿Qué?

EVANGELINA.- Que eran nombres inventados...

EMILIA.- ¡Ay, Evangelina!, Tengo 80 años, te conozco desde hace 75.

EVANGELINA.- Fíjate que curioso. Me hubiera gustado acostarme con 80 hombres. Uno por cada año vivido... Y me quedé en cuatro.

EMILIA.- Me dobleteaste.

EVANGELINA.- Me hubiera gustado conocer a un conde en el camino a Roma. Uno de esos siniestros, misteriosos, que tienen muchas pinturas en las paredes de sus castillos, que usan rizos blancos y que tienen que asistir a muchas fiestas elegantes donde nada más tocan el violín. Me hubiera gustado tener hijos, y que la nobleza europea asistiera a sus bautizos y que las revistas importantes nos tomaran fotos. Y hacer muchísimas obras de caridad, y aunque no volviera a visitar el pueblo, sentirme orgullosa de mis orígenes, porque ese conde no me escogió por mis antepasados, sino porque soy bella, muy bella, porque soy muy inteligente. Y codearme con el Papa, con los cardenales, con los obispos. Y tener cuatro criadas que me prepararan el baño, que me vistieran, que me perfumaran, y que me pidieran consejos de cómo conquistar a los hombres.

Pausa.

EMILIA.- Y mira... Aquí estamos. Encerradas en una poltrona.

EVANGELINA.- Recordando a hombres que no existen.

EMILIA.- Oliendo los mismos vientos llenos de tierra.

EVANGELINA.- Esperando un tren que ya no va a pasar.

EMILIA.- ¡Qué asfixiante es el aire libre!

EVANGELINA.- ¡Que sofocantes son las esperanzas!

EMILIA.- ¡Se nos fue el tren! ¡Somos unas pendejas!

EVANGELINA.- ¡Apenas a nosotras se nos ocurre tener ilusiones!

EMILIA.- Por eso digo que a veces hasta le dan ganas de morirse a uno.

EVANGELINA.- Eso lo dije yo.

EMILIA.- ¿Sí? Creí que yo lo había dicho.

EVANGELINA.- Ya se te olvidan las cosas.

EMILIA.- Eso quisiera. Que se me olvidara donde estoy.

EVANGELINA.- Yo también quiero lo mismo. Que se me olvide dónde vivo. Que se me olviden mis medicinas, que ya no me acuerde que tengo que comer...

EMILIA.- Que ya no nos acordemos de dormirnos, ni de Levantarnos.

EVANGELINA.- Y que nos vayamos caminando por la vía del tren.

EMILIA.- Hasta Roma.

EVANGELINA.- Porque eso sí, ya no habrá tren, pero nos queda la vía.

Silencio.

EMILIA.- ¡Vámonos a Grecia!

EVANGELINA.- Déjame ir por mi andadera...

A pesar de la última frase, las ancianas no se levantan, se quedan sentadas, y simulan con la boca, una el sonido de las ruedas del tren contra las vías, la otra el pitido. Allí se quedan hasta hacerse el

OSCURO FINAL.